

¡No a la guerra civil!

Por Luis Corvalán

La Unidad Popular ha decidido salir con toda energía al paso de quienes buscan la guerra civil. Impedirla es el primer y principal deber patriótico y revolucionario de hoy. La guerra fratricida le irrogaría al país cuantiosos daños materiales y la pérdida de decenas o cientos de miles de vidas humanas. Va en interés de la Patria y en primer lugar de los trabajadores evitar tamaña desgracia nacional.

Un senador demócratacristiano dijo muy recientemente que no le temía a la guerra civil. Nos parece una declaración irresponsable, aunque sólo hubiese querido hacer gala de valentía personal y ostentación de coraje partidista. Por cierto que en este terreno, los comunistas no estaríamos a la zaga de ningún sector. Pero, evidentemente, no interesa discutir si yo soy más valiente que tú. Lo que importa y ante todo está de por medio es Chile, su pueblo, su juventud, sus niños, el presente y el futuro del país. Partiendo de estos valores, se trata, a nuestro juicio, de hacer todo lo posible para librar a la nación del baño de sangre a que algunos quieren arrastrarla.

En Chile tiene lugar un proceso revolucionario que apunta a un profundo cambio social. Se libra, por tanto, una aguda lucha de clase. Esta es natural en razón de los intereses antagonísticos e irreconciliables de clases que chocan entre sí. Más aún, es inevitable e históricamente necesaria en tanto la clase obrera y el pueblo, en la búsqueda de una sociedad mejor, no tienen otra alternativa, no tienen nada que elegir salvo el camino del combate contra sus explotadores. Pero lo que no es inevitable y mucho menos necesario es que esta lucha de clases desembogue en una guerra

Los que promueven el derramamiento de sangre constituyen una minoría exigua al servicio del imperialismo y de los privilegios de una oligarquía condenada a desaparecer. La mayoría nacional lo rechaza. Por lo tanto, la consumación de ese peligro no es de ningún modo fatal.

Sin embargo, los siniestros planes de esa minoría podrían prosperar si la mayoría de los chilenos no salen a su encuentro con toda decisión y prontitud. En nuestra opinión, la clase obrera y los partidos populares, las fuerzas que apoyan al Gobierno, tienen ante sí la obligación principal en la lucha por atarles las manos a quienes quieren el enfrentamiento armado. Y hay que advertir a este respecto que, por lo pronto, la voluntad decidida del pueblo es responder con la firmeza necesaria a los que organizan un nuevo paro sedicioso.

Queremos ser muy francos. En la lucha contra el peligro de la guerra civil, los comunistas pensamos que hay que unir a todos cuantos estén contra ella. Creyentes y ateos, marxistas y racionalistas, civiles y militares pueden coincidir en la necesidad de garantizar que la lucha de clases, por aguda e intensa que sea, no se salga del cauce que ha seguido hasta hoy.

La política chilena está dominada por un sentido de irracionalismo en que sólo se descubren agravios de uno u otro lado, se pierde de vista el in-

terés general y la atmósfera social se recarga de odio. Algunos demócratas culpaban de esta situación al Gobierno y a los partidos de la Unidad Popular. Sostienen que los ataques al ex Presidente Frei constituyen el elemento principal que emponzoña el ambiente. Aunque no somos partidarios del ataque personal, no vemos por qué aquellos puedan colocarse como la cuestión central, tanto menos si en este campo muchos opositores, incluso demócratacristianos, no se quedan precisamente cortos y ningún político los recibe en mayor cantidad y con más injusticia que el Presidente de la República.

Nadie está libre de pecados; pero la verdad es que la prensa de oposición y en primer lugar los pasquines del Partido Nacional y de Patria y Libertad han sobrepasado todos los límites de la infamia y de la procacidad. A este propósito se puede decir que la falla del Gobierno está en su debilidad para recurrir a todos los resortes legales en contra de tales desbordes. Aunque a este respecto el Poder Judicial haga la vista gorda, una actitud más firme y sistemática del Gobierno tendría por lo menos la virtud de demostrar políticamente que no está dispuesto a que barran el piso con él. El ejercicio pleno de su autoridad en todos los terrenos surge como un imperativo inaplazable.

Por sobre todo, creemos que ha llegado la hora de volver a la racionalidad como factor determinante en la discusión política. El Partido Comunista considera de su deber mantener y desarrollar el debate político en el plano de la confrontación de principios y de ideas, en relación a los problemas concretos que interesan al pueblo. Estamos seguros

que en esto coincidimos con el Presidente de la República y que ello corresponde al espíritu que anima a la Unidad Popular. Observamos también que en el campo de la oposición hay gente que está por discutir con altura. Esto es lo razonable. Lo otro es la locura y la irresponsabilidad.

Entre los opositores hay quienes, sin querer la guerra civil, asumen actitudes que le echan leños a la hoguera de aquellos que la preparan. Son los que hacen causa común con el Partido Nacional y con Patria y Libertad en todo lo que puede conducir al caos económico, político y social. Nos referimos, obviamente, a no pocos personeros de la Democracia Cristiana. También es cierto que no todos están en ese predicamento. Hay, por ejemplo, una actitud distinta de parte de los jóvenes de ese partido que, por encima de su política de oposición al Gobierno, han resuelto participar en la Jornada de Trabajo Voluntario el próximo 27 de mayo, codo a codo con los jóvenes de la Unidad Popular.

Al hacer esta distinción no pretendemos meter cuñas en la DC, como se nos suele suponer. Nada más lejoso de nuestra política que el propósito de fomentar allí la división. Los problemas y discusiones que tengo son de su propia y exclusiva resolución. Sólo queremos demostrar que no estamos enceguecidos y subrayar que vemos más allá de la Unidad Popular a no poca gente que, además de estar contra la guerra civil, es tam-

bién partidaria de los cambios y de superar con esfuerzo las dificultades que vive la nación.

En resumen, observamos con preocupación el hecho de que en el país se abra camino a una división que no corresponde a los verdaderos intereses de clase que están en juego y, por eso, pensamos útil cualquier contribución dirigida a desarrollar el diálogo que permite el debate político creador, se subentiende que entre los chilenos que no quieren el derramamiento de sangre y sin perjuicio de que unos estén firmes con el Gobierno y otros en la oposición.

Este diálogo es necesario ante todo, en el seno del pueblo, entre los obreros, los jóvenes, los campesinos, las madres, entre las gentes sencillas de buena voluntad. Corresponde al interés del pueblo y de la Patria y no desaloja, sino presupone de nuestra parte, la lucha simultánea por llevar adelante la causa de la revolución social.